

LAS DIFICILES COMUNICACIONES
ENTRE LOS DOMINIOS
ESPAÑÓLES EN EUROPA
EN EL SIGLO XVI Y PRIMERA MITAD
DEL SIGLO XVII

EL PROBLEMA DEL VALLE
DE LA VALTELINA
(ITALIA)

Narciso DIAZ ROMANACH
General de Brigada de Infantería Honorífico, DEM

PREAMBULO

LAS comunicaciones entre los territorios de un país revisten gran importancia en todos los órdenes (político, económico, militar...). La historia nos muestra los ejemplos de los grandes imperios, entre los que cabe destacar por su influencia en la Península Ibérica, el romano, del que, en orden a las comunicaciones terrestres, aún hay muestras manifiestas en obras que permitían el cruce de ríos y, en algunos lugares aún se encuentran restos de las calzadas romanas. Ellas permitían ese enlace fácil, para aquellos tiempos y necesario entre las diferentes zonas de tan vasto imperio. En cuanto a las comunicaciones por mar había diferentes circunstancias, según los casos y medios, que no las hacían muy convenientes, por ello, pese a las dificultades de tipo orográfico, privaban las terrestres sobre las marítimas.

*IMPORTANCIA DE LAS COMUNICACIONES,
PARA ESPAÑA, EN LA EPOCA DEL EMPERADOR
CARLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA,
HASTA EL REINADO DE FELIPE IV
(SIGLOS XVI Y PRIMERA MITAD DEL XVII)*

Con el emperador Carlos I de España y V de Alemania (1517-1556), comenzó a gobernar una casa real extranjera, debido a que, por azares del destino, se convirtió en el monarca más poderoso de Europa como heredero de la casa de Austria, la de los Habsburgo, a cuya herencia había aspirado el rey Francisco I de Francia. De ahí arrancó la enemistad entre ambos jóvenes monarcas, y las consecuencias naturales fueron un largo guerrear en todo el territorio europeo, pues Francisco I deseaba obtener la hegemonía y conseguir de un modo especial el dominio de Flandes y de Italia. Este enfrentamiento entre Francia y España siguió con el sucesor de Francisco I, Enrique II y continuó hasta el reinado de Luis XIII, alentado este rey y sostenido por el cardenal Richelieu.

El emperador Carlos I tuvo también la enemistad inglesa, motivada por la cuestión religiosa, en tiempos de Enrique VIII y de un modo particular en tiempos de la reina Isabel, que se mostró radicalmente enemiga por el mar.

Aunque en el siglo XVII, reinando en España Felipe IV (año 1621), Francia e Inglaterra estaban en paz con España, ésta era muy frágil, como constantemente se demostró en la Guerra de los treinta años (1618-1648) y, en ningún caso, ambas iban a dar facilidades, subordinando sus intereses a los de la prepotente España en su acción sobre la rebelde Holanda, que tantos millones costó.

Vemos pues, por la razones indicadas, que en cuanto al noroeste de Europa, no fue posible contar con la alianza de Francia y de Inglaterra, preconizada por los Reyes Católicos como base de su política internacional. Así, la hostilidad de Francia y de Inglaterra contra España, cuando se desarrolló la rebelión holandesa o de las Provincias Unidas, apoyadas por ambas naciones, motivó que cobrase gran importancia la cuestión de mantener los itinerarios terrestres necesarios y seguros, para las comunicaciones de todo orden entre España y Flandes y asegurar, por tanto, la presencia española en el centro de Europa, teniendo en cuenta que el uso de la vía marítima se volvía cada vez más difícil. Ligada a esta necesidad surge la importancia de poseer o adquirir el derecho de uso de los pasos alpinos, de los que una base constantemente discutida fue el valle de la Valtelina (Italia). Con estas premisas, España en su política en Italia debía procurar mantener su predominio y para ello,

vigilar las intrigas de la Casa de Saboya, casa francesa procedente de Mauriena, la cual vio constreñida su actividad y sus ambiciones, impulsada por Francia, sobre la vertiente italiana de los Alpes y, análogamente, vigilar las de la propia Roma, cabeza religiosa.

Poco duró la tranquilidad en Europa a raíz del encumbramiento del emperador Carlos I. En sus vastos dominios surgió la revolución de tipo religioso, que se propagó rápidamente cual mancha de aceite en la Europa Central que, por tal motivo, se vio envuelta por espacio de casi cien años en guerras de tipo religioso, en las que, además del catolicismo fue la nación española enfrentada al protestantismo que paulatinamente lograba adeptos.

A la muerte de Carlos I de España y V de Alemania, Felipe II (1556-1598) pasó a heredar en el continente, el Rosellón, Franco-Condado, Países Bajos españoles, Milanesado, el sur de la península italiana y las islas de Cerdeña y de Sicilia. El resto de los dominios del Emperador se encarnó en la rama habsburguesa de Austria. De todos estos dominios, el ducado de Milán o Milanesado fue el que tuvo la mayor importancia, como base logística, en las relaciones terrestres con Flandes y con Austria, a cuya rama española quedaría unido hasta la extinción de la rama masculina. Felipe II también heredó la enemistad con Francia, que llegó a aliarse con los turcos y a facilitar bases en la zona de Marsella para refugio de las huestes del pirata Barbarroja. También, a veces, debió España sufrir la enemistad del Papa. De ahí la secuela de luchas que estas actitudes opuestas al predominio español llevaba consigo. Todo ello unido, además, a la rebelión de los Países Bajos y el tener que proseguir la guerra contra los protestantes, larga guerra religiosa y a la vez política.

Con Felipe III (1598-1621) empezó la decadencia de los Austrias, a los que el rey francés Enrique IV quería abatir en cada una de las dos ramas, la española y la austríaca. En su reinado estalló la Guerra de los treinta años: larga guerra entre católicos y protestantes, con alternativas en los hechos de armas y las correspondientes conquistas y pérdidas de territorios y plazas fuertes por uno u otro lado o bando. Felipe III también tuvo problemas con el duque Carlos Manuel de Saboya, viudo de Catalina Micaela de Austria, hija de Felipe II, quien no quiso someterse al soberano español y, además, invadió el ducado de Monferrato que estaba protegido por España y del que, al fin, fue desalojado. La enemistad francesa dio lugar a que las comunicaciones terrestres entre los países españoles europeos, se vieran dificultadas al tener que eludir las posibles acciones desde Francia sobre ellas, ya que el camino normal seguido hasta entonces, que era el más corto, bordeaba la frontera de



Plano de la Valtelina. Grabado del siglo XVII. Biblioteca Nacional de París.

Francia. Por ello, precisaba elegir otros itinerarios, pese al inconveniente de su mayor longitud y ser más penosos, para dirigirse a Flandes. Estos itinerarios fueron dos: uno, el de Milán a Flandes con bifurcación hacia Viena por el Tirol, y otro, por el mar, sólo a Flandes, desde la costa norte de España, no exento, a su vez, de dificultades.

Reinando Felipe IV (1621-1665), comenzada ya la Guerra de los treinta años, se inició el conflicto manifiesto de España contra Francia y Venecia, en relación con el uso de paso y dominio del valle de la Valtellina perteneciente a la comarca de los grisonos (hoy cantón suizo), situada en los Alpes orientales, cuyos habitantes, católicos, se hallaban dominados por los grisonos, protestantes. Era la época del cardenal Richelieu, primer ministro francés de Luis XIII, enemigo acérrimo de la Casa de Austria, el cual decidió apoyar a los grisonos para abatir la preponderancia de España en el citado valle.

La clave de las comunicaciones terrestres entre España, Flandes y Viena era en Italia el Milanésado y, por tanto, uno de los países más sensibles de la monarquía católica española. En él y desde él se podía hacer frente a las pegajosas y belicosas pretensiones de los franceses, manifestadas ya desde los tiempos del emperador Carlos I. En su capital, Milán, que constituía entonces la segunda ciudad de Europa, se levantaba un castillo o fortaleza muy útil para montar la guardia sobre la línea cimera de los Alpes, situados muy próximos a su frente norte. Milán, fundado por los galos, cuna de una de las primeras ciudades del imperio romano, residencia de emperadores, capital actual de Lombardía, punto de convergencia de las rutas o caminos naturales que descienden de Suiza, de Alemania y de Austria por el Tessino y la Valtellina por los pasos de: Lukumaniere, San Bernardino, Splügen, Juliers y Albula, conocidos y frecuentados desde la más remota antigüedad por los celtas, primeros que los utilizaron, en los que los romanos trazaron calzadas, construyeron puentes, refugios y obras defensivas. Dichos pasos, —pese a lo macizo del arco que forman los Alpes, de su altitud, anchura, amplitud de sus glaciares—, no eran difíciles de franquear según las rutas seguidas en los siglos XVI y XVII, puesto que las cabeceras de sus valles opuestos se encuentran por sus partes superiores a corta distancia y, por sus collados, el acceso de unos a otros era bastante fácil en todo tiempo.

*EL MAPA POLITICO EUROPEO EN LA PRIMERA MITAD
DEL SIGLO XVII*

— Posesiones de los Habsburgo españoles: Milanesado (nudo de la potencia española y base logística), Franco-Condado, Charolais (enclave en Francia), Países Bajos españoles, sur de la península italiana, islas mediterráneas de Sicilia y Cerdeña.

— Posesiones de los Habsburgo de Viena: Austria, Bohemia, Moravia, Hungría, Silesia, Sundgad, Friburgo y otras pequeñas parcelas.

— Principales estados de la Liga católica: Baviera, Maguncia, Tréveris, Colonia, Westfalia.

— Principales estados de la Unión evangélica: Wurtemberg, Ulm, Palatinado alto y bajo (el bajo o renano quedó bajo control de Espínola en septiembre de 1620), Ausbach, Bayreuth, Hesse-Kassel, Mark, Cléveris, Brandeburgo.

— Estado protestante: Sajonia.

— Aliados de la Unión evangélica: Francia, Provincias Unidas, Holstein, Dinamarca, Suecia.

— Resto del territorio europeo: Eran estados no pertenecientes a coalición alguna, o eran pequeños estados, pequeños feudos o plazas fuertes a los que no alcanzaba el vaivén de los «grandes».

Como puede verse en un atlas histórico, los territorios poseídos en Europa por las dos líneas de los Habsburgo eran de enorme extensión. Los pequeños estados italianos del norte dependían más o menos de España, puesto que la Armada española dominaba el Mediterráneo a raíz de la batalla de Lepanto (1571). Pero no había continuidad territorial entre el Flandes español y las demás posesiones; por ello, fue política española en los primeros años del siglo XVII, establecer una cadena ininterrumpida de posesiones, puntos o plazas fuertes, de apoyo, que facilitasen el paso a los Países Bajos españoles. Así, España, poseía o dominaba antes de la Guerra de los treinta años los puertos alpinos de la Valtelina, plazas fuertes del Bajo Rhin estrechamente unidas al ducado de Lorena. Además Austria había prometido a España la cesión de sus posesiones en Alsacia. En conjunto, el mapa político europeo era un verdadero rompecabezas, originado, en parte, por el mantenimiento de las estructuras feudales.

*LOS CAMINOS TERRESTRES DE ITALIA A FLANDES
Y A VIENA EN EL SIGLO XVI Y PRIMERA MITAD
DEL SIGLO XVII (croquis n.º 1)*

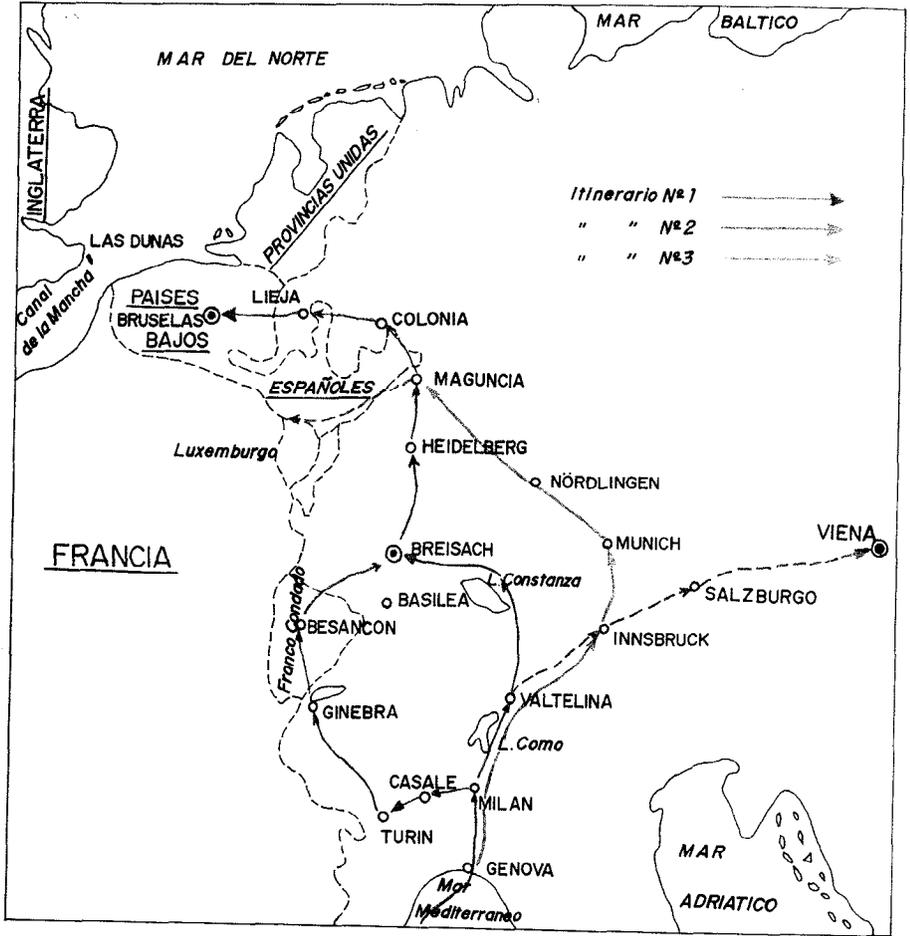
Los caminos terrestres eran:

— Para comunicar con Flandes o Países Bajos españoles. El estimado como más corto (itinerario n.º 1 del gráfico). A partir del Milanesado, era el que seguía el recorrido por Saboya (Casale, Turín, Ginebra), Franco-Condado (Besançon), Sundgad, Breisach (que era un importantísimo nudo de comunicaciones sobre el Rhin y plaza fuerte), Alsacia, Palatinado (Heidelberg), Maguncia. Al llegar a esta plaza, este itinerario se bifurcaba en dos, uno para seguir por un lado a Tréveris, Colonia, Juliers, Lieja, Bruselas y, por el otro hacia Luxemburgo, más peligroso que el anterior por su proximidad a tierras francesas. Camino difícil (en parte de herradura), penoso, particularmente en el paso de los Alpes occidentales por lo accidentado del terreno, con nieves y abundantes zonas de niebla. Además, los territorios se hallaban infectados o plagados de bandoleros y, por su proximidad a las tierras francesas había posibilidad de sufrir un ataque francés en algún punto del recorrido.

— Para comunicar con Austria (itinerario n.º 2). El camino discurría desde Milán, por el lago Como, valle de la Valtelina (río Adda) y valle del río Inn (Engadina), al Tirol, Salzburgo y Viena.

En épocas posteriores hubo que desechar el camino a Flandes citado (itinerario n.º 1), debido a la animosidad francesa, particularmente en los tiempos de gobierno del cardenal Richelieu, líder de la política francesa anti-Habsburgo, quien financió a los luteranos suecos en su lucha contra los católicos. Por ello, España tuvo que utilizar un camino más largo y penoso (itinerario n.º 2), eludiendo, en lo posible, el paso por los cantones suizos; tuvo que encaminarse por el valle de la Valtelina, collado de Splügen, Coire, río Rhin, rodear por el norte el lago Constanza para dirigirse a Friburg-in-Brisgau y a Breisach, paso sobre el Rhin, como dijimos, enlazando aquí con el camino indicado anteriormente (itinerario n.º 1). Este camino era muy largo; pero no se usó otro más corto, como el de Zurich, Baden, Basilea, Friburg-in-Brisgau, para evitar el paso por los cantones suizos. Este segundo camino utilizaba, como vemos, el valle de la Valtelina que era una zona de paso «indispensable».

En el año 1634, el cardenal-infante Fernando fue, por descontado, a utilizar el eje (itinerario n.º 3): Génova, (donde desembarcó procedente de la Península), Palma, el Milanesado, la Valtelina, el Tirol (Innsbruck), Baviera (Munich), Bajo Palatinado, para enlazar en Maguncia con la ruta de Colonia y Flandes.



Croquis n.º 1. Itinerario Tropas y Medios.

*LAS COMUNICACIONES MARITIMAS PARA ENLAZAR
CON FLANDES*

Dos eran las comunicaciones o rutas marítimas que debían ser utilizadas para el traslado de tropas y de toda clase de elementos:

— La ruta del Mediterráneo, relativamente corta, desde los puertos del Levante español hasta Génova. Ruta que se hallaba flanqueada por la costa sur de Francia, no amiga, expuesta a los ataques de piratas y de corsarios que, en ocasiones, se abrigan en puertos franceses por los compromisos de Francia con los turcos.

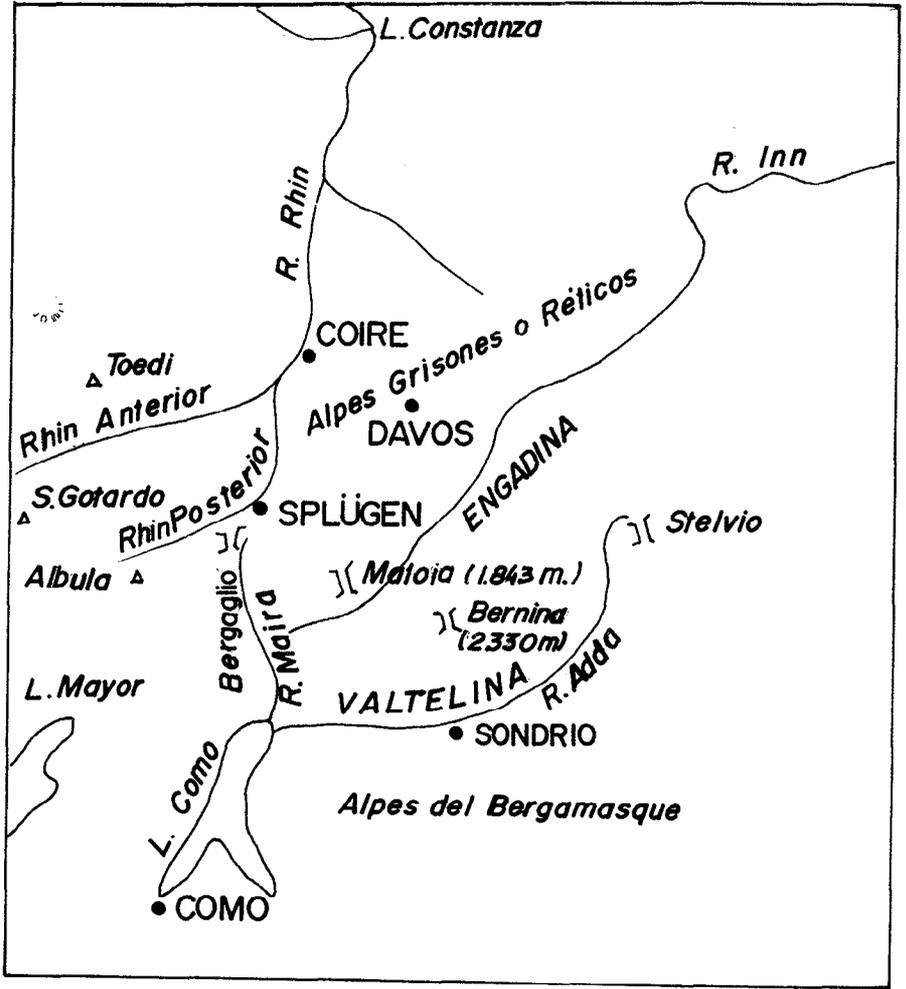
— La ruta del océano Atlántico, por el golfo de Vizcaya y canal de La Mancha. Esta vía era muy incierta, había que luchar normalmente contra los elementos (mar y vientos) para el tipo de buques de aquellos tiempos, y, primordialmente, era una vía peligrosa debido a que la travesía por el canal de La Mancha contaba con los puertos de una Francia enemiga, a un lado, y de Inglaterra, siempre alerta, por otro. Además, y era lo más grave, el canal se hallaba dominado por los buques enemigos de las Provincias Unidas, los holandeses.

*EL VALLE DE LA VALTELINA. ASPECTOS GEOGRAFICO
E HISTORICO. (Croquis n.º 2)*

Como hemos visto anteriormente, el valle de la Valtelina era de gran importancia, en cuanto a su aspecto estratégico, para mantener las comunicaciones de Milán con Flandes y con Viena, pues era el paso obligado para el traslado de las fuerzas españolas y de otros medios a Flandes y a Austria, y para el desarrollo de las sucesivas campañas guerreras.

Entre los Alpes grisonos o réticos al norte, y los del Bergamasque al sur, se encuadra el hermoso, fértil y amplio valle de la Valtelina, recorrido por el río Adda que fluye al lago Como, el pequeño valle de Bergaglio recorrido por el río Maira, que también vierte en el lago Como, y el valle de la Engadina, cuyo río Inn afluye al Danubio. El encuadre actual de la Valtelina es, entre el lago Como (Suiza), el Tretino y las provincias italianas de Bérgamo y Brescia.

En los Alpes grisonos, que dan nombre a un cantón suizo, se hallan los pasos o collados de: Splügen (2.117 mts.) que conduce al Rhin posterior desde el valle de Bergaglio; Maloia o Maloggia (1.843 mts.), donde



Croquis nº 2. Comarca de los Grisons.

nace el río Inn; el Bernina (2.330 mts.) que conduce de la Valtelina a la Engadina; y el Stelvio, en la cabecera del Adda, que da paso al Tirol.

Estos valles grisones llegaron a formar una unidad étnica. Fueron disputados por las razas germánicas y, aun por las eslavas. Desempeñaron, por tanto, un importante papel en la historia. Formaron parte de la provincia romana de la Rética; fueron ocupados por los lombardos en el siglo VI y parte del VIII, y por los francos en parte de los siglos VIII y todo el IX; más tarde pasaron al reino de la Casa de Sajonia, que los infeudó a los obispos de Como. En 1335 pasó a los duques de Milán, y en 1512 a los grisones. Desde este momento, la zona desempeñó un importante papel estratégico en el siglo XVI y primera mitad del siglo XVII.

*VICISITUDES HISTORICAS DE LAS COMUNICACIONES
TERRESTRES CON FLANDES POR LA RUTA
DE LA VALTELINA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVII*

Como vimos, era mutua la hostilidad entre las Coronas de Francia y de España en el siglo XVI, al iniciarse el reinado del emperador Carlos I de España y V de Alemania. Tal poderío y el desencanto sufrido por el rey francés Francisco I, al haber prevalecido y recaído por tanto la corona de Alemania —a la que aspiraba el monarca francés—, en Carlos I de España, hizo ya hereditaria la enemistad entre la casa de Habsburgo y la francesa. Por tanto, Francia temía la total reafirmación de España en el centro y norte de Europa, y a debilitarla en lo posible, se iba a aplicar. Por otra parte, los reyes españoles se sentían molestos por la ayuda que Francia prestaba a los piratas que atacaban las costas levantinas y otros lugares de influencia española, pues Francia tenía alianzas con el Imperio otomano. Se sentía molesta también por la ayuda manifiesta o encubierta a las Provincias Unidas y a los movimientos protestantes e inquieta por la posibilidad que tenía Francia de actuar contra el camino militar que iba de Milán a Bruselas (itinerario n.º 1), próximo a su frontera, y aun a bloquear o cortar varias zonas claves, tales como la frontera de Francia con Saboya, el valle de la Valtelina, el curso septentrional o bajo del Rhin, o bien si lograba anexionarse, o cuando menos, controlar el ducado de Lorena.

En el año 1600 el ducado de Saboya fue ocupado por los franceses de Enrique IV, ocupación que fue consolidada en 1601 por el tratado franco-saboyano de Lyon; con lo cual la frontera del territorio francés

y su influencia se situaba a tiro de piedra de los sectores por los cuales discurría la importantísima vía española, para el traslado de soldados y elementos varios de Milán a Flandes. Así, la inseguridad de la comunicación terrestre de España con su Imperio —en Europa—, comenzó con este afán francés de ensanchar sus fronteras como medida política, ya que por el tratado citado entró en posesión de las regiones saboyanas de Bugey, Gex y Valromey, que lindaban con el Franco-Condado (español). Por dicho tratado se abría un período de lucha para conseguir el dominio de las comunicaciones y se empujaba al ducado de Saboya a crecer a costa del Milanesado, que era donde tradicionalmente se concentraban los tercios viejos que pasaban de España a Italia, para a través del ducado de Saboya y por el Franco-Condado dirigirse a los Países Bajos, bordeando Francia por su frontera nordeste. A consecuencia de dicho tratado de Lyon, se interrumpía la tradicional vía de comunicación y se obligaba a España a buscar para los tercios viejos y abastecimientos, un camino más al este a través de los Alpes centrales, por los Alpes grisonos, lo que motivó al conde de Fuentes, gobernador del Milanesado, a construir el fuerte que llevó su nombre en la entrada de la ruta de la Valtelina, en las orillas del lago Como, como origen de la nueva ruta, con la que a través de los pasos alpinos, especialmente por el Maloja y el Splügen, poder conectar con el Rhin posterior para dirigirse a Flandes y por el paso de Bernina ir al alto Inn, en el valle de la Engadina, y así enlazar con Viena en el Danubio.

La solución buscada por el conde de Fuentes no carecía de dificultades, pues si bien el valle de la Valtelina se hallaba habitado por población católica, la región donde el valle se encuadraba estaba dominada por los pueblos montañoses de los grisonos desde 1512, los cuales habían sido ganados por la «reforma» y se hallaban en posesión de los collados por donde debía pasar la nueva vía. En 1620, la diplomacia española logró éxitos apreciables en cuanto a conseguir el derecho de tránsito por los pasos dominados por los grisonos, pues en julio de dicho año los católicos de la Valtelina se sublevaron contra el gobierno protestante, y a la vez pidieron ayuda a España, ayuda que les fue concedida por el gobernador de Milán —el duque de Feria— que envió tropas al valle para dar el apoyo solicitado y, además les ayudó económicamente. Con este apoyo se estableció a lo largo del valle de la Valtelina una serie o cadena de fortalezas, consiguiendo mantener el objetivo estratégico de libre paso por los collados alpinos de los grisonos, asegurando, por tanto, la nueva ruta militar (la segunda), más larga, eso sí, que conducía de Italia a Flandes y al Tirol hacia Viena (ver croquis n.º 1).

Simultáneamente a la acción contra los grisonos, en septiembre de 1620, Espínola, que se hallaba en Flandes, consiguió otro objetivo estra-

+
 Señor,

E. I. Lep. 1298

ARCHIVO DE
 DE SIMANCAS

Citar con el cuidado q^{ue} V^{ost} me manda, para mantener la
 placica con Grifones y ganar las Voluntades, que fuere
 posible por los medios y de la manera que V^{ost} es venido
 a obaya yo procurando, de que yo de dando quenta a V^{ost}
 y por la Relacion que sera con esta. Vera V^{ost} lo q^{ue}
 a ora se ofrece y que sera de importancia lo que V^{ost} de
 me manda en esta materia. Dios guarde a V^{ost} como
 sus Vassallos y la rep^ublica ha menester. En Milan a diez y siete
 de febrero de mill e seiscientos e setenta e tres años
 yo Pedro Enriquez de Acevedo conde de Fuentes
 como yo soy de la obra

J. Enriquez de Acevedo

tégico, el control del valle bajo del Rhin o Palatinado renano, zona de vital importancia para asegurar las comunicaciones de Italia con Flandes.

Siempre la política internacional de las naciones tiene sus inflexiones, y España debía adaptarse a las fluctuaciones de los compromisos europeos, manteniendo un tira y afloja. Por ello, en cuanto a la Valtelina, se estimó conveniente llegar a un compromiso con los franceses que, lo mismo que los venecianos, no se hallaban en condiciones de ayudar a los grisonos, recurriendo para ello a la mediación papal (Gregorio XV), y llegando a un acuerdo (tratado de Aranjuez de septiembre de 1622) por el que las fortalezas o presidios construidos bajo los auspicios del duque de Feria quedaban en fideicomiso del papado, pero manteniendo a los españoles dueños de los pasos alpinos, con lo cual quedaba expedito el camino militar de Italia a Flandes por una parte, y al Tirol por otra. Mas al suceder en el papado Urbano VIII a Gregorio XV, el primer ministro francés Richelieu presionó al nuevo Papa para que abandonase las fortalezas de la Valtelina que tenían guarnición papal, o las demoliera; pero éste no mostraba la menor prisa para acceder a tales apremios sin obtener, a cambio, una compensación económica. Como en política internacional Richelieu jugaba sus peones hábilmente y sin prejuicios para conseguir pronto y sin trueques cuanto había solicitado del Papa, en noviembre de 1624 y en virtud de un acuerdo entre Francia, cantones suizos protestantes y ducados de Saboya y Venecia, un ejército franco-suizo de unos 9.000 hombres, al mando del marqués de Coevrès, marchó sobre el territorio de los grisonos para liberar la Valtelina del dominio español y devolvérsela; expedición que a final de año consiguió expulsar de los fuertes a las guarniciones papales, con excepción de la de Riva que opuso una gran resistencia, ya que el duque de Feria, ante el desarrollo de los acontecimientos y vista la falacia de Richelieu, había instalado en ella una guarnición española en respuesta a la llamada de auxilio formulada por el Papa, cuando éste comprendió, demasiado tarde, que había sido engañado y manipulado cuando se firmó el tratado de Aranjuez, hacía apenas dos años.

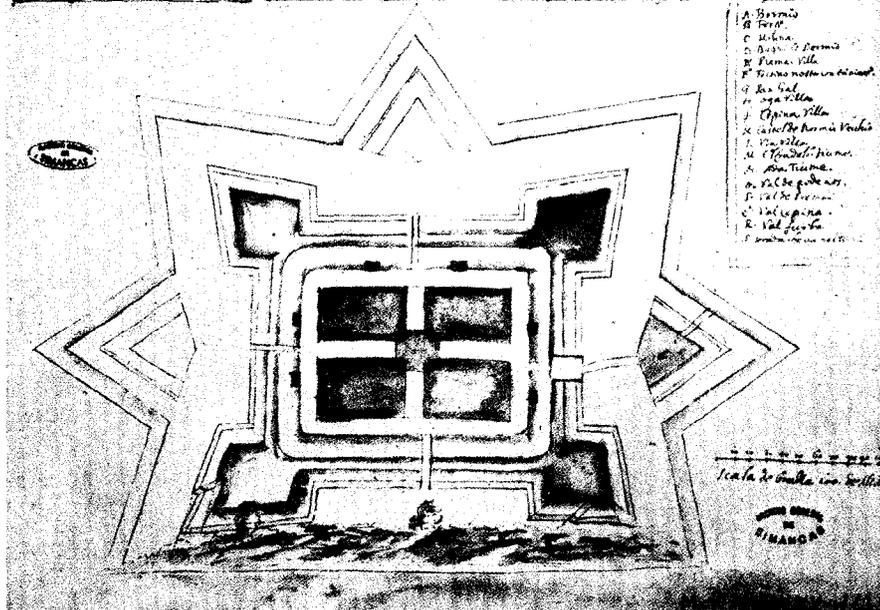
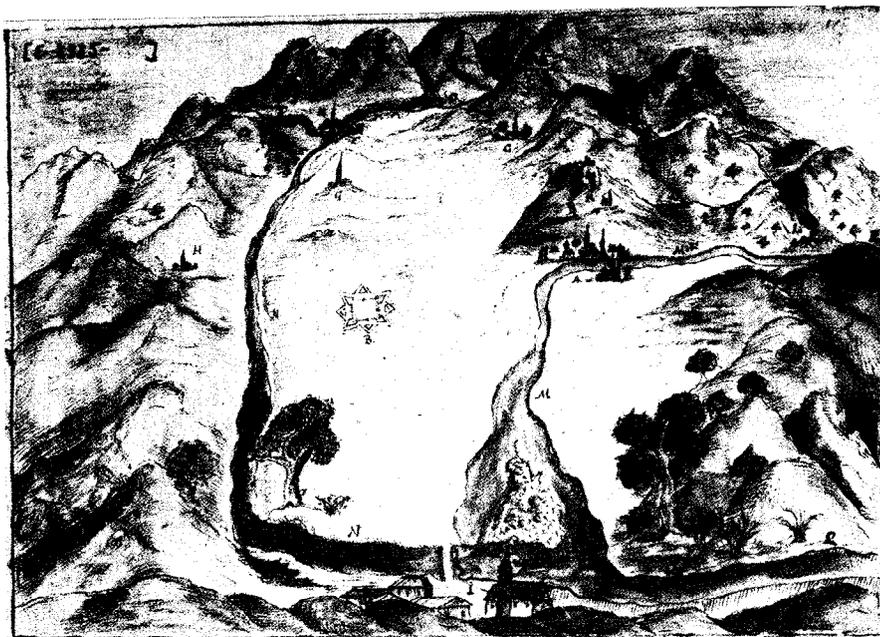
Con este ignorar tratados por parte de Francia, de nuevo se presentaba la necesidad imperiosa y urgentísima para España de resolver el problema de la Valtelina de una vez, para no quedar incomunicada con Flandes y con Viena. Hábilmente, y para tratar de resolver tal problema sin acudir al enfrentamiento armado, España planteó la cuestión como un asunto que debía ser pactado entre Francia y el Papa, según los términos del tratado de Aranjuez; una astucia oportuna, ya que todo lo que pudiera ser un litigio entre Francia y el papa Urbano VIII redundaría en beneficio español.

Mientras se seguían estos trámites, a primeros de marzo de 1625, un ejército francés al mando del mariscal Lesdiguière y otro saboyano

al mando del duque de Saboya, Carlos Manuel, se dirigieron, cruzando el ducado neutral de Monferrato, a conquistar Génova, con el fin de cortar las comunicaciones entre ésta y Milán ya que había fallado el intento de la Valtelina, e interceptando, de este modo, los movimientos de tropas en su camino a la Valtelina y, por ende, a la Europa central y Flandes. Con esta sorprendente invasión a mediados de abril, era Génova ciudad, la única que resistía a los ejércitos invasores. Ante esta imprevista acción, las fuerzas terrestres españolas en Milán, al mando del duque de Feria y, las navales al mando del marqués de Santa Cruz, se concentraron rápidamente para acudir en auxilio de la ciudad de Génova, con lo cual, no sólo se frenó el ímpetu de los atacantes sino que además, a principios de 1626, Richelieu dio marcha atrás; pues sectores críticos franceses le echaban en cara que, con el asunto de la Valtelina no hacía otra cosa que atacar al Papa, y como consecuencia, ordenó a Du Fragis, embajador de Francia en España, buscarse un medio de lograr un pacto en lo de la Valtelina. Por ello, España (el conde-duque de Olivares) y Francia (Du Fragis), llegaron a un acuerdo muy ambiguo, firmado el 5 de marzo de 1626 en Monzón, en relación con los pasos alpinos, reconociéndose la independencia de los católicos de la Valtelina a cambio de una hipotética demolición de las fortalezas hispanas y el reconocimiento de la soberanía de los grisones sobre el valle y, entre otros puntos, el muy importante para España de la retirada de los franceses de los valles de la comarca de los grisones. Por este acuerdo pudo considerarse liquidado, por el momento pues en política internacional nada es definitivo, el asunto de la Valtelina a favor de España que quedaba como protectora del valle. Pese al tratado de Monzón, en mayo de 1630 Francia declaraba la guerra a España.

Y siguiendo con las rutas para el recorrido de los ejércitos españoles, en 1630, por el tratado de Ratisbona (13 de octubre), hecho a espaldas de España, no se consideraba el derecho español a que sus tropas pasaran por el Monferrato.

En 1633 la actividad diplomática española fue intensa en relación con las rutas o pasillos militares que se seguían para ir de Italia a Flandes, ya que las zonas fronterizas con Francia y el imperio austríaco (Alsacia, Lorena y el valle bajo del Rhin) se hallaban inquietas por los abusos franceses, incursiones varias que ponían en peligro los pasillos militares; estos abusos se debían frenar, y análogamente, en otro frente, por el avance sobre dichos pasillos de los suecos, aliados de los franceses. Ante estas actividades, se consideraba primordial mantener el Franco-Condado. Por todo ello, España planeaba una unión más íntima con Viena para asegurar o adquirir las líneas del bajo Rhin, pues a su vez Viena veía en peligro las plazas de Constanza, Filipsburgo, Brei-



Plano del fuerte y valle del Bormio, en la Valtelina. Año 1620. Archivo de Simancas.

sach, Nuremberg y Maguncia, asediadas o amenazadas por los suecos y protestantes, por ello consideraba preciso el auxilio de España a la que consideraba como su hermana mayor.

En vista de cuanto exponemos, era primordial para España buscar una ruta segura de enlace con Flandes, para cuando el cardenal-infante Fernando, hijo de Felipe III y hermano menor de Felipe IV, fuese enviado a Brusclas, como estaba previsto, para reunirse con su tía la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II y gobernadora de Flandes. Dada la situación política, era un rompecabezas llegar a encontrar una ruta adecuada y segura para el cardenal-infante y el ejército que le iba a acompañar (tercios viejos). El problema era que Francia controlaba ya en 1633 Alsacia y Breisgrau, con la excepción del vado y plaza fuerte de Breisach, cuya guarnición se hallaba muy apurada. Era preciso dejar libre de enemigos franceses y suecos el camino español, y para ello se debía recuperar Alsacia, mantener el importante nudo y plaza fuerte de Breisach y desalojar a los franceses de Lorena. A esta finalidad se aplicó el duque de Feria. Partió de la base militar de Milán el 5 de noviembre de 1633, cruzó los Alpes grisonos al frente de unos 8.000 infantes y 1.300 jinetes en dirección al Rhin, por la ruta del Tirol, limpió de enemigos el camino a partir de Constanza, pasando por Rheinfelden hasta Breisach, que fue liberado del sitio que le habían puesto los franceses el día 20 de octubre, pero no así pudo liberar Filipsburgo, que cayó en poder de los suecos en enero de 1634. Por el momento, Feria quedó parado en Breisach.

Pero habiendo fallecido la infanta gobernadora de Flandes el 1 de diciembre de 1633 (fecha cierta, aunque alguna confusión hay debido a que la noticia del fallecimiento no llegó a Madrid hasta el 18 de enero de 1634 y esta es la fecha que algunos autores dan como la del óbito), era preciso acelerar la marcha a Bruselas del Cardenal-Infante, pero por una ruta más segura, más al este de la seguida por el duque de Feria, el cual murió el 11 de febrero de 1634 en Munich a consecuencia de una epidemia de tifus que diezmo a su ejército. La ruta debería pasar por (itinerario nº 3): Baviera, Palatinado Bajo (puesto que Lorena se hallaba en poder de Francia), y doblando al oeste dirigirse a Colonia y de ahí a los Países Bajos españoles; ruta que fue seguida por el Cardenal-Infante en 1634, llegando a Bruselas el 4 de noviembre de dicho año. Camino no exento de dificultades y luchas, pues a petición de ayuda del rey de Hungría que se hallaba sitiando Nordlingen en poder sueco, se aprestó a facilitarla e intervino con sus tercios viejos en la encarnizada batalla de los días 5 y 6 de septiembre contra las tropas suecas que acudían a levantar el cerco de dicha ciudad, a las que vencieron ocasionándoles unos 8.000 muertos y haciéndoles unos 4.000 prisioneros.

neros como consecuencia del resultado desfavorable de la batalla. La plaza se entregó el día 7. Muchos fueron los meses transcurridos desde la llegada de las tropas a Breisach, pero es que los franceses habían empezado a recuperar el terreno perdido durante el otoño de 1633, y llegaron, incluso, a alcanzar la Alta y Baja Alsacia y puntos clave a las orillas del Rin y del Mosela.

Como muestra de los diferentes vaivenes políticos guerreros, el año 1635, las tropas habsburguesas ocuparon toda la Alsacia, la línea del Rin, Coblenza y algunas partes de Lorena; ello obligó al cardenal Richelieu —que en su política exterior se orientaba como hemos visto a la lucha contra el poderío español y habsburgués en el continente—, a tratar de romper el cinturón de puntos clave que desde Milán a Bruselas amenazaban envolver a Francia. Para este fin, en unión de Saboya, declaró la guerra a España, una guerra local en el valle de la Valtelina, zona crucial como hemos visto y repetido, valle que fue ocupado dicho año por un ejército franco-saboyano al mando del duque de Rhan, jefe de los hugonotes franceses, después de derrotar en noviembre de dicho año al conde de Cervello. Siguió en 1636 la guerra en el norte de Italia, en la que las tropas del duque de Saboya, con el apoyo francés, llegaron a ocupar Brenne. Con estas acciones volvía a presentarse, otra vez, el grave problema del enlace mediante correos y no digamos para el paso de tropas de España a Flandes, correos que extrañamente cruzaban Francia y tardaban unos 10 o 12 días y, en tales momentos, debieron tomar el camino pasando de España a Génova, para seguir a Alemania y Flandes (el tiempo que se empleaba en este recorrido era de unos tres meses). No había otra vía, pues tomar como alternativa para los enlaces y tropas la vía marítima era casi imposible, por cuanto lo anteriormente se expuso.

Siguen las alternativas guerreras. En 1637 de nuevo son los franceses expulsados, en unión de los saboyanos, de la Valtelina, pues no pudieron resistir el ímpetu de las tropas españolas que iban al mando del marqués de Leganés, entonces gobernador de Milán y curiosamente ayudadas por los grisonos, que se hallaban cansados de soportar el duro yugo de los franceses. Mientras, políticamente se había logrado constituir la Liga perpetua de Milán, favorable a España, por la que se dejaba libre el paso para los soldados que del norte de Italia afluyesen hacia Flandes o Austria. Pero en 1638 esas rutas volvieron a quedar interceptadas o fueron vulnerables, por un flanco o por otro, a los ataques del ejército sueco que, al mando de Bernardo de Sajonia, aliado de Francia, logró grandes éxitos conquistando los distritos austríacos del Alto Rin, incluso Friburgo; batió a las tropas españolas en diciembre de ese año, conquistó la plaza fuerte de Breisach en el Rin Medio y cortó, por tanto,

la comunicación de España con los Países Bajos españoles. Breisach, la importante plaza estratégica que había sido socorrida en 1634 por el duque de Feria, sucumbió el día 17 de diciembre de 1638 tras seis meses de un nuevo sitio (se formalizó el sitio en el mes de junio), tuvo que rendirse muerta de hambre al no poder recibir auxilio alguno. Este fue un gran revés para España, pues era posición estratégica como se ha dicho, ya que guardaba los dos pasillos que convergían en ella. Con esta pérdida se comprobó, en 1639, que las comunicaciones terrestres con Flandes se alargaban extraordinariamente, lo cual aumentaba también su fragilidad ante las posibles acciones francesas y suecas; por ello, pese a todos los inconvenientes, hubo que acudir a la ruta marítima y tratar de utilizarla intensamente para el constante trasiego de tropas y medios. Ruta en la que se produjo el desastre marítimo de las Dunas (puerto inglés) el 21 de diciembre de 1639, en el que, la escuadra española al mando de don Antonio Oquendo sucumbió ante la escuadra holandesa al mando de Tromp cuando trataba de burlar el bloqueo de la costa de Flandes. Con este fracaso quedaba España barrida del mar, y Flandes, por tanto, quedaba completamente aislado, condenado a perecer.

Tras esta derrota naval frente a los holandeses, los ejércitos españoles volvieron a tratar de utilizar las largas y vulnerables rutas terrestres, lo que les llevó a afrontar choques y batallas con los contrarios, en los que se sufrieron tan graves derrotas que obligaron a que los Habsburgo de Viena buscasen la paz, que se firmó en Westfalia entre Alemania, Francia y Suecia (en realidad, esta paz comprendía los tratados de Münster y Osnabruck), con lo cual y en vista de sus cláusulas, ya no fue necesario utilizar las rutas, para cuyo mantenimiento y a la vez el de los territorios españoles perdidos, tanto se había luchado. Con esta paz finalizó la Guerra de los treinta años, última gran guerra de religión que tuvo lugar en Europa, en la que triunfó la idea de las naciones (Francia, Suecia, Holanda) frente a la tradicional línea del imperio de la familia de los Habsburgo, cuyas dos ramas (Madrid y Viena) representaron la primera fuerza en Europa.

BIBLIOGRAFIA

ADRO, Xavier: *Luis de Requesens*.

BALLESTEROS BERETTA, Antonio: *Historia de España*.

ELLIOT, J. H.: *El Conde-Duque de Olivares*.

ESPASA CALPE, S.A.: *Historia Universal*, (tomo V).

GRANGER, Ernesto; DANTI CERECEDA, Juan; IZQUIERDO CROSELLES, Juan:
Nueva Geografía Universal.

LAROUSSE: *Nueva Enciclopedia Universal*. Editorial Planeta.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Historia de España* (tomos XXIV y XXV).

RODRÍGUEZ CODOLA, Manuel: *Historia de España*.

ROIG OBIOL, Juan: *Atlas de Historia Universal y de España*.

SOPENA: *Enciclopedia Universal*.

